



Una apacible calle de la ciudad de Novi Sad (Serbia)

ADAM WOOLFIT / CORBIS

**Novela** Título inaugural de una pentalogía del escritor serbio Aleksandar Tisma, 'El libro de Blam' es un férreo testimonio de la pesadilla balcánica

## Sobrevivir en Novi Sad



**Aleksandar Tisma**  
**El libro de Blam**  
Traducción de L. F. Garrido Ramos y Tihomir Pistelek

ACANTILADO  
261 PÁGINAS  
17 EUROS

**ROBERT SALADRIGAS**

Aleksandar Tisma (Novi Sad, 1924-2003) es uno de los más sobresalientes escritores serbios del pasado siglo. De madre húngara y padre serbio, fue condenado por los nazis a trabajos forzados hasta 1944, cuando se unió al ejército yugoslavo de liberación. Más tarde, enfrentado al régimen de Milosevic, buscó cobijo en Francia. Entre 1972 y 1987 escribió un ciclo de cinco novelas bajo el título general de *Ramas entrelazadas*, compuesto por *El libro de Blam*, *El uso del hombre*, *Escuela de impiedad*, *Lealtad y traición* y *El kapo*. Esta última, traducida en 2004, es un ácido relato sobre la ruindad en tiempo de guerra, la culpa y la redención, que reforzaba las líneas maestras de la narrativa de Tisma, autor marcado por la catástrofe bélica de los cuarenta en los Balcanes, en la línea del compromiso moral de Kertész y Primo Levi.

En *El kapo* (1987) Tisma escribía lo siguiente: "Todos los que hemos sobrevivido a la Segunda Guerra Mundial fuimos cómplices y culpables de la muerte de los demás". Esa afirmación que sirve de lema a la última entrega de la pentalogía, sirve también para el título inaugural de la misma, *El libro de Blam* (1972). La obra pivota sobre un doble eje. Uno de ellos es Novi Sad (Nuevo Jardín en lengua serbia), la ciudad natal de Tisma al norte de Serbia, a orillas del Danubio, capital de la provincia de Vojvodina y segunda en importancia después de Belgrado, que él ha convertido en un espacio literario -no mítico- donde refleja las convulsiones históricas y humanas del país balcánico. El otro es Miroslav Blam, el único superviviente de su familia judía formada por los padres, ejecutados durante la redada contra judíos y eslavos los días 20 y 21 de enero de 1942 por el ejército húngaro invasor -brazo de las fuerzas del Eje-, y una hermana comunista abatida poco antes. Casado con Janja que le es infiel y con una hija absorbida por su madre, Blam es un hombre timorato, incapaz de rebelarse ante ninguna situación conflictiva, que vive inmerso en sus recuerdos habitados por las sombras espectrales de los difuntos. No se explica que él viva -tenía su propio piso cuando la patrulla apresó a los padres, denunciados por un vecino-

mientras la familia y sus mejores amigos fueron exterminados.

Tampoco consigue entender cómo Novi Sad ha borrado toda huella de la violencia que durante la guerra prácticamente acabó con la comunidad judía y luego, con la entrada del ejército yugoslavo y los partisanos, la represión completó el cuadro de muerte y desolación. La ciudad parece haber olvidado el horror. Algunos de los consentidores de la barbarie nazi se han instalado sin problemas en esa normalidad. La sinagoga ha sido transformada en sala de conciertos de cámara. Muchos de los crímenes han quedado impunes y Blam, ensimismado en el silencio cómplice, alimenta un sentimiento de culpabilidad que, al contrario del judío Lamian protagonista de *El kapo* que buscaba liberarse de ella en el perdón de Helena Lifka, no encuentra quien lo redima e intuye que la violencia rebotará en una próxima guerra -la de los noventa- y él estará, quiere estar, en la lista de las víctimas.

El relato bascula entre el pasado, el presente y un futuro que despunta en el horizonte, tres épocas crudamente realistas que rehúyen el tratamiento satírico. Hay pasajes en *El libro de Blam* de una belleza épica escalofriante, como el itinerario que Blam hace caminando por el antiguo barrio judío de Novi Sad, mientras rememora la historia y el destino de los viejos comerciantes con los que trató. El otro es la descripción, en clave de crónica testimonial, de la fatídica redada de 1942, de cómo militares y gendarmes fueron inducidos a ejercer de ejecutores sanguinarios y de qué manera algunas víctimas se salvaron porque alguien decidió en un momento dado cortar en seco la masacre. Uno tiene la certeza de que Tisma apenas inventa, sino que sucedió como lo relata con pinceladas expresionistas. La misma autenticidad de los conflictos morales que recorren el espinazo del libro. Sabemos más que adivinamos que Aleksandar Tisma los afrontó tras interiorizar el espanto de tanta violencia que, "en la bruma de las alucinaciones", transfiere a la conciencia de los sobrevivientes la culpa de los asesinos. Es el absurdo mundo que nos cuenta con su talento y, por descontento, su lógico fatalismo. |